



▷ Tumba de Ibn Arabí. Mezquita del sultán Selim I. Damasco (Siria)

IBN ARABÍ DE MURCIA

Místico y poeta



Carmelo Cabañero Pardo

Presentación

“De literatura árabe los universitarios españoles en general- incluidos sus profesores de literatura- conocemos poco”

Así comenzaba el artículo publicado por la revista “CAMPUS” de la Universidad de Murcia, en su número 30, correspondiente a Marzo de 1989, en el que nuestro conferenciante hacía una semblanza del Premio Nobel de Literatura de 1988, NAGUIB MAHFÛZ.

ALFONSO CARMONA GONZÁLEZ, tiene el grado de Doctor en FILOLOGÍA SEMÍTICA (especialidad arábigo islámica) por la Universidad de Granada, en donde fue becario de investigación adscrito al Departamento de “Historia del Islam”.

Más tarde fue Catedrático de Francés en Bachillerato y en la actualidad es Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de MURCIA.

Ha sido Vice-Secretario General de la Unión Europea de Arabistas e Islamólogos y en la actualidad es Presidente de la Sociedad Española de Estudios Árabes.

Sus principales líneas de investigación están relacionadas con la Edad Media:

- Evolución y aplicación del Derecho Islámico, especialmente en Al-Andalus y el Magreb.
- Documentos árabes para la Historia del periodo árabe-islámico del Levante español.

Sobre estos y otros temas tiene publicados más de 70 trabajos entre artículos en revistas especializadas, colaboraciones en obras colectivas y libros.

Sobre el personaje objeto de la conferencia de hoy publicó en 1996, junto a Claude Addas, el libro “IBN ARABÍ O LA BÚSQUEDA DEL AZUFRE ROJO” y recientemente junto con Robert Pocklington, ha publicado el libro “AGUA E IRRIGACIÓN EN LA MURCIA ÁRABE”.

Se podría seguir hablando largo rato sobre nuestro conferenciante, pero lo importante y por lo que estamos aquí es para escucharle y poder oír sus autorizadas palabras sobre nuestro personaje de hoy.

Así pues, profesor, es su turno.

Carmelo Cabañero Pardo

AMURCIA



Ponente: D. Alfonso Carmona
Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Murcia

Ibn Arabí de Murcia, místico y poeta

Muhammad Ibn al-'Arabí, llamado por sus seguidores *al-Shaykh al-Akbar* (el Mayor Maestro), y generalmente conocido como Muhyiddín (Vivificador de la religión), nació en Murcia el 28 de julio de 1165 y murió en Damasco el 16 de noviembre de 1240. Aunque su apellido fue Ibn al-'Arabí (según consta en notas suyas autógrafas), existe la costumbre desde la Edad Media de acortarlo un poco llamándolo Ibn 'Arabí (y, de ahí, Abenarabi, transcripción propuesta por M. Asín Palacios, y que ha dado nombre a una avenida de Murcia). La razón de este apellido es su origen árabe.

En 1172, tras la muerte de Ibn Mardanish, y la subsiguiente ocupación de Murcia por los almohades, pasó a residir en Sevilla, al ser llamado su padre—que había sido alto funcionario en el gobierno del Rey Lobo—a desempeñar un cargo en la administración almohade de al-Andalus.

Adolescente aún y ya formado en jurisprudencia, gramática y retórica, comenzó a trabajar en la cancillería del gobernador de Sevilla. Pero, cuando contaba menos de quince años, tuvo una visión que le hizo abandonarlo todo y emprender la búsqueda de la perfección religiosa.

A partir de 1184, frecuentó a numerosos ascetas y místicos en al-Andalus y en el Norte de Africa. De esta etapa de su vida nos dejó un relato autobiográfico, traducido por M. Asín con el título de *Vidas de santones andaluces*. Este libro (uno de los fáciles de leer de toda su amplísima producción) nos presenta una serie de personajes extremados en sus prácticas religiosas, pero singulares y muy diferentes entre sí. Los había que abandonaron todo trabajo manual (como aquel sastre que un buen día arrojó las tijeras al pozo), frente a otros que sólo vivían del trabajo de sus manos. Estaban los tristes e introvertidos, y los que eran extrovertidos y bromistas... Pero, eso sí, todos mortificaban enormemente el cuerpo, y solían ser sumamente escrupulosos y obsesivos, aunque la materia de la obsesión variaba de unos a otros. Había quien pasó toda su vida sin dar la espalda a la alquibla;



▷ "Escuchando al maestro" del libro *Al-Maqamat*, de Abu Muhammad al Qasim ibn Ali al-Hariri, s. XIII. (París, Bibl. Nac., ms. arabe 5847)

había quien repetía durante toda la jornada una breve jaculatoria, que cada día cambiaba; había quien siempre dormía vestido; quien no leyó ni poseyó más libro que el Corán, y anatemizaba a los autores de libros, que tendrían que dar cuenta de cada uno de ellos en el Juicio Final...

Acontecimiento importante en su biografía fue el encuentro en Córdoba, hacia 1180, con el célebre sabio Averroes, que se interesaba por los logros espirituales y los poderes excepcionales que, según era fama, había alcanzado el joven Muhammad.

Mantuvo su residencia en Sevilla hasta cumplidos los treinta años. Después, se estableció en Túnez y Fez. Retornó a al-Andalus, y durante casi un año, no cesó de ir y venir por los caminos de su patria. Parece claro que efectuaba una última visita al país natal para despedirse de sus maestros y sus compañeros en la vía mística, antes de emprender el viaje a Oriente que tenía proyectado. En ese periplo, llegó a Sevilla cuando se estaba construyendo la Giralda; y su presencia en Córdoba coincidió con el entierro de Averroes.

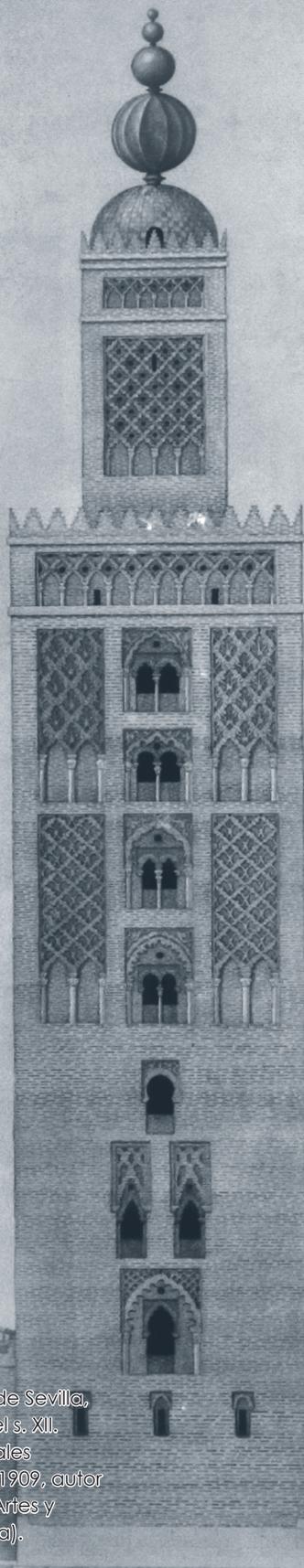
Una de las últimas etapas de esta peregrinación fue su tierra natal, Murcia, donde se entrevistó con Ibn Saydabún, famoso místico de la rica cantera levantina. Tras esta visita a la ciudad de su infancia (visita que sabemos que fue especialmente emotiva) se encaminó a Almería, donde en tan sólo once días escribe una obra a la que él siempre concedió una gran importancia: *Las órbitas de los astros*. Sin embargo, no será hasta dos años después, en Bujía, cuando la complete añadiéndole un capítulo fundamental. Sin embargo, como el mismo escribió, numerosas copias ya circulaban en su país, en las cuales esa nueva sección obviamente no figuraba. Este testimonio es importante porque revela que las obras de Ibn Arabí gozaban de amplia difusión en su patria, al-Andalus, ya en vida suya, e incluso antes de su partida.

A partir de ese momento, perdemos la pista de Ibn Arabí por un tiempo; y no la volveremos a encontrar hasta finales de 1200 en el Magreb, en Salé concretamente. Es decir, durante más de un año, nuestro sufí se retiró totalmente del mundo.

Aunque no pensaba quedarse en Marruecos, pues su meta era La Meca, tardará largos meses en alcanzar los lugares santos. Ibn Arabí quiere hacer en el Magreb lo que ha hecho en al-Andalus: visitar y saludar a todos cuantos, de una manera u otra, han participado en su aventura espiritual. En su camino hacia los lugares que fueron la cuna del Islam, pasó por Bujía. En esta ciudad nuestro sufí, en un sueño, supo que "recibiría una parte de las ciencias celestes, de las ciencias escondidas y de los misterios de los astros y de las letras, como ninguna otra persona la había obtenido en su época."

El camino hasta Túnez será lento, y no llegará allí hasta transcurridos nueve meses, pasados junto a hombres que habían alcanzado la cima de la espiritualidad, de los que sólo le pudo separar su decidida intención de hacer las dos peregrinaciones. Eran cuatro hombres que sentían ser al universo lo que los cuatro ángulos son a la Ka'ba: "Éramos los cuatro pilares sobre los que descansa el ser del universo y el hombre," afirmó el propio Muhyiddín.

Después de Túnez, su destino será Egipto. En El Cairo estará en 1202; es decir, apenas un año después de que una buena parte de la población egipcia hubiera sucumbido a la epidemia de peste y al hambre que habían assolado el país. Allí, según al-Gubriní (m.



- ▶ Alminar árabe de la mezquita de Sevilla, construido a partir de finales del s. XII. Fragmento de "Los tres principales estados de la torre de Sevilla", 1909, autor Alejandro Guichot (Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla).

1304)—de cuyo testimonio hay quienes dudan—Ibn Arabí fue condenado a muerte por ciertas afirmaciones suyas que fueron tachadas de heterodoxas. Fue un dirigente del sufismo oficial quien intercedió en su favor, y lo salvó.

Forzado o no por este grave incidente, decidió entonces continuar su camino hacia La Meca, a donde no se dirigió directamente, sino a través de Palestina. Pasando por Gaza, se trasladó en primer lugar a Hebrón, a la tumba de Abraham, el padre de todos los monoteísmos, y luego a Jerusalem, donde rezó en la mezquita al-Aqsà. Luego prosiguió su camino hacia Medina y La Meca.

En esta última ciudad, tendrá una visión fundamental para toda su actuación posterior. Tal como él mismo nos cuenta en el prólogo de su magna obra, las *Futûhât*, vio al Profeta del Islam, y delante de él estaba Jesús. Y añade Ibn Arabí que Mahoma le dijo a Jesús: "Este es tu par, tu hijo y tu amigo. Coloca para él ante mí el púlpito de tamarisco." Por ello, el sufí murciano solía afirmar que entre Jesús y él existía *una comunidad de estatuto*.

En La Meca, delante de la Ka'ba, a finales de 1202, Muhyiddín se encuentra con la que va a inspirarle sus poemas más célebres. Había caído la noche; en pleno éxtasis, Ibn Arabí realizaba las vueltas rituales alrededor del Templo componiendo versos en voz alta. Percibió entonces la presencia de alguien que lo seguía: "Me volví—nos dice—y vi una joven de aspecto no árabe. Jamás había visto rostro más agraciado, ni palabras tan agradables, inteligentes, sutiles y espirituales; ella superaba a las gentes de su época por su agudeza, su erudición, su belleza y su ciencia."

La joven le preguntó por las palabras que iba diciendo, y él le repitió sus versos. A medida que los iba declamando, aquella joven los interpretaba con total acierto. Sorprendido por tanta perspicacia, el maestro quiso saber su nombre: "Frescura de los ojos", le respondió la joven. "Tras lo cual—cuenta Ibn Arabí—me despedí de ella. Más tarde la conocí, y la visité a menudo."

La joven de ese encuentro no puede ser otra que Nizâm, hija del imam del Maqâm Ibrâhîm, a quien el místico conoció a su llegada a La Meca. De Nizâm recibirá Ibn Arabí la inspiración que algunos años después (a finales de 1214 y comienzo de 1215), también en La Meca, le llevará a escribir el diván o colección de poemas que tituló *El Intérprete de los deseos ardientes*. "Cada vez que menciono un nombre—declara en el prefacio de ese diván—es ella la que nombro; cada vez que evoco una casa, es su casa la que designo."

El Intérprete de los deseos puede ser leído como poesía amorosa, sin más. Y puede añadirse una interpretación mística; es decir, una lectura a lo divino, como el propio autor recomendó cuando le llegó la noticia del escándalo que sus versos estaban provocando entre sus seguidores (escándalo oportunamente aprovechado por sus adversarios).

Ahora bien, la lectura espiritual de esta obra, como la de los otros textos de Abenarabí, plantea más de un problema. El primero es que los sufíes aseguran que la mística es un conocimiento no-discursivo, que es muy difícil—o imposible—de expresar, por lo que tienen que recurrir a imágenes y a usos figurados de los vocablos corrientes. Además, en el caso del sufismo medieval, se trata de textos concebidos en una época muy lejana, y no sabemos si entendemos bien la mentalidad ni el lenguaje de la época. Y por último, si queremos comprender bien los versos del gran sufí murciano, hay que tener en cuenta